

Asunto familiar

Verschwinden

PAULA ARISMENDI

Estudiante del pregrado de Creación Literaria. Primer premio del Concurso Interno de Cuento.

Eran las diez y cincuenta y cinco de la noche del martes, llovía y no quería hacer nada. No estaba feliz ni triste. Estaba en un trance, últimamente siento que todo se divide en los problemas que rondan la cabeza de mi madre y la vida que no he podido llevar.

Hace unos meses que Renata, mi madre, me ha pedido que haga algo por ella, aún no ha querido decirme qué, pero recuerdo muy bien la expresión que tenía en su rostro cuando me lo dijo, su frente gritaba preocupación y sus ojos miedo. Estoy asustado desde entonces, porque ella sólo me lanza ideas sueltas sobre lo que podría ser ese favor tan importante, menciona con frecuencia las palabras *escape*, *recorrido* y *desespero*.

Renata se la pasa mirando por la puerta, como si esperara a alguien. Pero cada vez que siga su mirada todo se pasma, es como si el tiempo se detuviera y los dos entráramos en recuerdos de mi infancia y de su juventud. Supongo que ella evocará los momentos en los que estaba con mi padre y trató de ser feliz, hombre del cual no reconozco ni el rostro, pero si tengo muy presente su voz, su voz llamando al perro, saludando al vecino y haciendo compras.

Si Renata logra sentarse de camino al trabajo, se queda con la mirada triste, jugando con el polvo de la ventana. Cuando llega a su destino, se acomoda la falda y las medias, se peina con los dedos su cobrizo cabello teñido, respira y camina en línea recta hacia su cubículo.

Si alguien la saluda, finge que no tiene nada mientras pone una mirada dulce y distraída. Bebe su café en cinco sorbos largos. Sólo hace acto de presencia en las conversaciones que se forman en el almuerzo y procura digitar todo muy rápido, para así poder tener tiempo y observar las ventanas del edificio contiguo al trabajo.

Mi abuela, al igual que yo, ha tratado durante años de buscar las causas del despiste de su hija, pero no lo ha logrado, dice que todo empeoró desde que mi padre decidió buscar otra suerte, otra vida. Mi madre nunca pudo comprender cómo sería otra vida, cómo en ese camino no podría estar ella. Renata ha detenido su rumbo desde entonces y está empezando a detener el mío inconscientemente.

Me ha dicho que quiere buscarlo, que ella merece una explicación, por fin sus ideas sueltas aterrizan en algún lugar. Da vueltas por toda la casa mientras se agarra la cabeza y mira todo destello de luz con exasperación. Yo ya me estoy enloqueciendo, no la comprendo, no sé si quiera hacerlo, tengo miedo de gritarla. Aunque no conozca con exactitud el favor que me ha supuesto, sé que no puedo cumplirlo.

Renata amaneció con aparente energía, extraño para ser un domingo de septiembre a las 7:30 a.m. Septiembre es el mes en el que su cuerpo no atiende a la razón, es el mes en el que la ansiedad se le dispara y esta vez la apuntó a recoger

todos sus trebejos sin importarle nada. Mi madre nunca ha entendido el amor, me lo ha dicho mi abuela mientras desempolva el cuarto vacío que mi madre ha dejado, y es que entenderlo es un enorme problema, todo el mundo tiene un concepto diferente de lo que podría ser. Mi madre se ha sentido incompleta desde que su impresión de amor se le escapó.

El cuarto está tan deshabitado como mi mente cuando piensa en ella. Las personas tienen prioridades, tienen ansias de calma y si yo no le daba calma a mi madre comprendo que huya sin haberme dicho nada, dejando mis hilos sueltos.

Nunca tuvimos una relación formal, pero ahora espero que ella resuelva su asunto familiar. ■

